

se da cuenta. Porque en las épocas de descomposición el honor solamente se salva apelando al látigo. ¿Cuánta plata tiene ahí?

Eso no es cuestión suya —dijo Delgado.

—No le hable así —dijo el Cardo con una voz súbitamente impersonal, un zumbido de abeja que ni siquiera le alteraba los labios.

Delgado intentó medirlo a través del jarabe de la luz. Movi6 una mano inflexible con la perplejidad de un hombre que trata de ordenar nociones en el aire; pero las ideas resbalaban y es probable que por el momento concluyera sólo que, sin el cascote, el Cardo era inofensivo, o que los accesos de Beltrán lo abatían a él también. Se sirvió un poco de agua y tragó sorprendido de que el vaso no le temblara entre los dedos.

—Anticiparse, Cardo, es de muy mala educación —dijo la mujer ovalada aprovechando el silencio—. Vos sabrás de historia y geografía, pero en modales sos un bruto.

—¿Recién te das cuenta? —dijo Yolanda. Tanto ella como la hermana se habían sacado los tapados y parecían dos cariátides esmirriadas.

—No me contestés, mocosa —dijo la madre.

—Claro, vos porque no tenés que aguantarlo cuatro horas por día —dijo Ana Silvia—. Se pasa las clases chupando vino y después te acerca la cara y tiene olor a tumba.

—A ver si me voy a comprar agua de violetas —dijo el Cardo.

—Por lo menos no te metás con el doctor —dijo Yolanda.

—Cerrá el pico, nena.

Ana Silvia cerró el puño y se lo mordió con la sonrisa frenética de quien muerde un durazno. Delgado sintió un escalofrío.

—¿Y por qué se va a callar, eh? —dijo la chica—. ¿Porque hay visitas y a nosotras nos toca hacer de floreros? Ni que estuviéramos pupilas con las monjas. Yo tengo ganas de hablar y hablo, ¿ves como hablo? Hablo todo lo que quiero. Soy un loro, soy una radio, una regadera...

La mujer ovalada dio media vuelta y sin fastidio, como una burócrata confiada en proyectos ajenos, subió a una escalera y se puso a bajar cajas de los estantes más altos. Encogiendo los hombros, Beltrán se levantó y avanzó hacia Ana Silvia.

—Y tampoco tengo miedo. No tiemblo ni me pongo bizca, porque al final ésta y yo somos la sangre joven de la casa, las que los vamos a mantener a todos cuando estén chacabucos, manga de piojosos. Además, que lo diga el doctor, somos las que tenemos las voces más finas. Será de tanto...

La mano de Beltrán se estampó contra la mandíbula de la chica con un sonido de tortuga aplastada, enviándola contra la registradora. La hermana agarró a Ana Silvia del brazo para que no perdiera el equilibrio. Mientras miraba cómo el Cardo se tapaba los ojos, Delgado esperó que el viejo volviera a sentarse, no exactamente frente a él sino al sesgo. Entre la silla del viejo y la mesita con la botella había quedado una brecha de más de un metro.

—Eso no hacía ninguna falta —dijo.

—Una opinión de cartonazo, doctor. Verdaderamente de cartonazo —dijo Beltrán.

—Lo de su hija también son opiniones.

—Y, sí, pero a mí no me gusta que hablen mal del Cardo. Es el encargado de educarlas. Algo así como un tutor, un cargo complejo.

—Y lo que me cuesta —dijo el Cardo.

—Bueno, viejito, no es para tanto —dijo Beltrán sin volver la cabeza—. Lo que es cierto, doctor, es que no es una pichincha meterles cultura en la cabeza a estos chorlitos. El Cardo, abí como lo ve, hizo hasta segundo año de abogacía. ¿No me cree?

—No veo por qué me va a mentir.

—Exactamente. Estudiaba y trabajaba. Para nosotros, se entiende; un empleado modelo. Ahora nada más trabaja. Pero le basta para instruir un poco a esas tilingas. Tilingas, me oye. El carácter podrido lo heredaron de este servidor, pero no tienen ni un pelo de la dimensión humana de la madre. ¿No, vieja?

—Vos sabrás —dijo la mujer ovalada. Había acercado cuatro cajas más y las estaba distribuyendo en el suelo como si contuvieran cristal de Murano.

En un rincón del techo, ondeando frágilmente entre una grieta de la madera y una cáscara de yeso, había una telaraña hamacada por la luz color miel. Distraído, Delgado se quedó mirándola como si fuese un destello aislado de la amenaza del abandono. Si los otros le hubieran observado las arrugas de la frente, se habrían dado cuenta de que estaba cambiando una parte de sus sentimientos. Pero no le miraron más que las manos, que desde hacía un rato se retorcián una a la otra como plantas voraces.

—Claro que sé —dijo Beltrán con alguna aflicción.

—Da la impresión de que están descontentas —dijo Delgado—. ¿Nunca pensó en mandarlas a un colegio?

—No me obligue a insultarlo, doctor. ¿Usted en qué mundo vive? Aunque en este barrio hubiera un liceo, cosa más bien jodida, yo no mandaría a mis hijas a estudiar con gente que no sabe valorar lo que se pone en los pies. Son capaces de andar en zapatillas con tal de comer fruta todos los días —Beltrán se alisó una de las innumerables arrugas del pantalón y contempló los mocasines—. Pero todo esto son hipótesis. La única verdad es que si quisieran ir al colegio tendrían que tomar dos colectivos y el tren. Y, francamente, no veo el negocio. Para eso prefiero hacerlas trabajar.

—¿Y por qué no?

Delgado se alegró de haber hecho la pregunta porque le sirvió para descubrir que al viejo le costaba recuperar el aliento después de cada pausa, como si el sermón pendiera de un hilo de cobre que había que preocuparse por anudar.

—No me saque de quicio, doctor. Cinco lustros no son moco de pavo. Esta zapatería es mi obra y el mojón, póngale usted, de mi dignidad. Si algún día mis hijas trabajan, tiene que ser acá. Además todo es un círculo vicioso. Porque como comprenderá, si fueran a trabajar apenas nos quedaría tiempo para que el Cardo las educara. ¿No es cierto, Cardo?

—El detalle es que yo enseñe de día —dijo el Cardo.

—Y de noche duerme la mona —dijo la mujer ovalada.

—Suficiente —dijo Beltrán con un jadeo, y apoyó en Delgado una mirada perdida entre la persuasión y la inercia—. Bueno, doctor, veo que todavía no se dignó probarse los mocasines. Da un poco de rabia que la clientela sea tan despreciativa.

—No es desprecio. Simplemente pasa que no termino de entender.

—Es una lástima, sabe. Porque el trato es que se pruebe esos mocasines y tres pares más. El resto...

—¿Qué trato?

—... El resto lo vamos a rifar, por decirlo de alguna forma; lo vamos a dejar librado a su buena voluntad. Consiste en que usted nos haga propaganda. Que cuando vuelva a su nidito, por ejemplo, les diga a sus conocidos que en esta basura de autopista hay una zapatería de primera y que les convendría darse una vuelta.

—¿Cuatro pares?

—Como mínimo, doctor. Desde que no hay medios de transporte la vida se nos está poniendo cuesta arriba.

Delgado pasó revista a las caras de las mujeres: estaban bañadas de un candor lúgubre, ensoñadas sobre el trabajo de la ansiedad. En realidad, se dio cuenta mientras calculaba la distancia hasta la mesita, dependían de la impavidez del padre.

—Bueno —dijo—. Cóbreme los mocasines y terminemos con esta farsa.

—No se haga el boludo, doctor. Tiene que probarse los y si le quedan bien comprarnos algunos pares más. Dinero le sobra, afortunadamente.

—¿Y si me niego?

—Entonces, doctor —dijo Beltrán reclinándose en la silla—, lo vamos a tener que matar.

—Usted es esquizofrénico.

—Si le parece. Ahora, permítame contarle que un mes atrás nos comimos al perro. Era un animal fuera de serie, una cruxa de ovejero alemán manto negro con atorrante. Inteligente y callejero; no sabe el cariño que le teníamos. Pero ya ve, el hombre decidido a morir de pie junto a su obra es capaz de llegar al ápice de la crueldad. Para colmo no vaya a pensarse que acá la policía se pasa el día investigando esa clase de asuntos.

Delgado ocupó un minuto entero en imaginar los movimientos del que cede. Por fin, mientras Beltrán supuraba una carraspera ardua, se agachó, se sacó los zapatos y se puso los mocasines negros. De pie ante el espejo que tenía a la derecha, oyó cómo el chirrido de la goma contra las baldosas se entremezclaba con el murmullo sordo de la satisfacción. Entonces se dio vuelta, agarró la botella por el cuello y le bastó dar un salto pesado para partirla en la cabeza de Beltrán. La mitad que le quedó en la mano se la hundió en la espalda.

Nunca pudo averiguar si lo había herido a fondo. El Cardo y la mujer ovalada se abalanzaron sobre el viejo y él logró escurrirse hasta la puerta dejando atrás un revuelo de astillas, olor a cuero y polvo convulso por los alaridos. Corrió sobre el pavimento y los yuyos macerados del cantero, buscó la llave en el bolsillo y subió al coche. Por un momento, mientras castigaba el encendido, pensó que poner el cebador había sido una estupidez. Suplicando que el motor no se volviera a resistir, contó hasta diez con los ojos cerrados. Apenas oyó el rugido, otro ruido, opaco y dañino, le arañó la mejilla. La menor de las chicas, la que se llamaba Yolanda, estaba golpeando el vidrio mientras gritaba cosas que Delgado no quería oír. Le tembló el pie sobre el embrague y la primera saltó con un berrido. Cuando por fin pudo arrancar, la chica estaba encaramada al capot, asida al limpiaparabrisas, la nariz aplastada contra el vidrio como un despojo de carnicería. Cincuenta metros más adelante, mientras la hermana y la madre salían corriendo del negocio, Delgado frenó y abrió la puerta.

Sentados uno al lado del otro, resollando, hipnotizados por las líneas blancas y el cielo rosado, estuvieron un buen rato sin decirse nada. Delgado no soportaba la idea de encontrarse con el perfil puntiagudo; habló sin apartar la mirada del pavimento.

—¿Qué vas a hacer?

—Quería escaparme.

—Eso ya lo sé, ¿qué vas a hacer?

—¿A usted qué le parece?

Delgado hundió una mano en el bolsillo y sacó los rubios. Volvió a guardarlos sin haber encendido ninguno.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé —dijo la chica con una voz húmeda de pena y vergüenza—. Si fuera por mí me iría lo más lejos que usted se anime a llevarme. Bah, si fuera por mí o no fuera por mí, más bien sí.

Delgado la oyó suspirar dos veces seguidas. El coche estaba frío y no pasaba de los cien.

—¿Entonces?

—Me da un poco de rabia que le haya hecho mal a papá. Está loco, pero ahora tengo miedo. Usted, en cambio, no entiende.

—¿En cambio? —dijo Delgado—, y se tocó la herida de la frente.

—Todo por unos ideales del tiempo de Ñaupá. En fin.

En la tibieza retraída del coche hubo un susurro de lona contra lona, después un chasquido. La chica había rebuscado en el bolsillo del vaquero y ahora empuñaba una navaja. La exhibió ante el retrovisor, para que Delgado la viera, como si fuese un puñal con zafiros.

—Va a tener que volver, sabe.

Delgado frenó. Miró a la chica de reojo, los músculos de la cara trenzados bajo la sombra de barba. Puede que la chica se preguntara por qué no la miraba de frente, pero eso no le impidió advertir que el médico estaba tanteando bajo el asiento. De todos modos vaciló lo suficiente como para errar el golpe y clavar el filo no en la muñeca de Delgado sino en la manga del sobretodo. No llegó a ver la sangre porque los cuatro balazos que recibió en el pecho la doblaron en dos.

Sobre el cuerpo encogido, Delgado logró abrir la puerta del otro asiento con una mano imprecisa. Después empujó el cuerpo, cerro y volvió a arrancar. Era médico, y durante todo el camino hasta la casa de Sorrivas se impidió pensar en otra cosa que los nubarrones donde, de cuando en cuando, se proyectaba la fosforescencia de las señales.

MARCELO COHEN

Avenida Hospital Militar, 125,
departamento 15

BARCELONA-23